

siones colombinas han salido de los dominios de la erudición para caer en los de la discusión pública, he oído repetir que "la verdad jamás se había buscado en un pleito.". No se podrá buscar entera, mas tampoco se concibe desdeñar documentos de tal valía. Fundándose en litigios y procesos se escriben á cada paso libros de importancia histórica (acabo de leer uno, el de Chantelauze, relativo á María Estuardo). El valor de un litigio, *como dato*, es innegable, pues lo realza su mismo carácter contradictorio. "Había —dice Fernández Duro— pasión en la demanda; la habría también en la negación; la hay siempre en lucha de intereses, si quiera no lleguen con mucho á la entidad de los que en este proceso se ventilan; con todo, concediendo que los interrogatorios fueran formulados con maña por las partes y que las probanzas se acomodarán al fin que cada uno perseguía, no cabe suponer que en el número crecido de testigos que presentaron no hubiera quien hablara palabra de verdad, sobre todo en

materias ajenas á las litigadas. La contradicción en tal caso sirve de guía al raciocinio, viniendo á ser de todos modos el proceso depósito estimable de referencias con que confrontar narraciones históricas del tiempo, no exentas de pasión tampoco, ni menos libres de errores inconscientes.,"

Cuando Colón expuso en la Rábida sus planes, asistía á las conferencias un hombre "que había de decidir en absoluto la suerte del proyecto.," aunque "la historia no lo ha declarado todavía.," Era este tal Martín Alonso Pinzón, natural de Palos, experto piloto, buen capitán, *sabio en mucha manera; no habia hombre tan determinado en aquel tiempo, ni más valeroso, ni mejor para cualquier acción de guerra ó mar,*—según declaran varios testigos del pleito. Desde luego admitió Pinzón las probabilidades de la empresa colombina (tenía ya noticia de las Indias, dice el proceso) y ayudó á los frailes (no sé por qué suele llamarles *monjes* Fernández Duro) á que lograrse aceptación y

protección. Obtenida ya de los Reyes, faltaba que la villa de Palos proporcionase dos carabelas equipadas; aparecieron sin dificultad las carabelas, pero al equiparlas principia el papel importante de Pinzón. No se encontraba un tripulante por un ojo de la cara. En vano el corregidor apremiaba á la gente para que se embarcase, pues la navegación imponía á los más resueltos. "Sin género de duda se trataba de viaje semejante al de las carabelas del rey de Portugal,—que una y otra vez se volvieron sin topar con tierra,—ahora dirigido ¿por quién? por el advenedizo que vieron llegar á la Rábida y recibir limosna del sustento de mano de los frailes. Locura fuera ponerse á su albedrío jugando la vida., Colón, desesperado, se disponía á tripular sus barcos con malhechores; pero interviene Martín Alonso, "con el ascendiente y popularidad de su persona, con el empleo de su actividad, de su palabra y de su bolsillo, y las dificultades se vencieron., "Martín Alonso—dice uno de los

testigos del proceso mencionado—traía tanta diligencia en allegar la gente é animalla, como si para él é para sus hijos hobiera de ser lo que se descubriere. A unos decia que saldrian de miseria; á otros que hallarian casas con tejas de oro; á quien brindaba con buena ventura, teniendo para cada cual halago y dinero; é con esto é con llevar confianza en él, se fué mucha gente de las villas..." "de forma, que si no por él, no hiciera armada el Almirante, ni hobiera quien quisiera ir con él á descubrir.,

¿Tenia Pinzón noticia de las Indias? Fernández Duro, con notoria imparcialidad, cree que ninguna, diga lo que quiera el proceso. Su mérito consistió en aceptar desde luego la idea del "advenedizo., y en arriesgar por ella, no como Colón, un caudal de ilusiones, sino otro más positivo de medio cuento de maravedises—sin hablar de la existencia, que los españoles de aquel siglo se jugaban bien afna. Probablemente le alentó la oferta de Colón, de que *partirian como herma-*

*nos*, oferta verosímil, que es fácil prometer ante lo desconocido.

Bogando ya las carabelas y transcurridos algunos días de navegación, surgió, no el motín que suele referirse, sino cierto desaliento, tristeza y recelo en los tripulantes; desmayo que se comunicó al espíritu del mismo Cristóbal Colón. Hay quien afirma que hasta cambió de rumbo y enderezó la proa á Castilla, y la mayor parte de los testigos están contextes en que consultó á Pinzón, manifestándole que se debía emprender el regreso. Oviedo acoge este rumor y dice que, en boca de mucha gente, "Colón ya ciaba y queria dar la vuelta.". Entonces fué cuando Martín Alonso, con tenacidad muy castellana, muy ibérica, hermosa sobre toda ponderación, se ofreció á ahorcar ó echar al agua á los murmuradores y medrosos con sus propias manos, "que armada que salió con mandado de tan altos Príncipes, no había de volver atrás sin buenas nuevas.". Nótese que voy refiriendo la historia tal cual Fernández Duro la extrae del

proceso; pero al llegar aquí he de decir por cuenta propia que la escena, de haber pasado así, pinta á las dos razas que se unieron para el descubrimiento; Colón sagaz, insistente, penetrante, pero dispuesto á transigir,—italiano;—Pinzón impulsivo, sublime en su terquedad—español.

Fué la *Pinta*, la carabela de Pinzón, la primera en divisar tierra. Hay bastante unanimidad en reconocerle esta prez y en creer que Colón no pudo ver la luceilla. Las acusaciones contra Martín Alonso Pinzón empiezan desde el día en que, determinando el Almirante volver á Cuba, puso señales para que las otras dos carabelas siguiesen á la nao Capitana; y la *Pinta* tomó distinto rumbo, perdiéndose de vista en desconocidos mares. Para los enemigos de Pinzón, es un acto de deserción inspirado por la codicia, la vanidad ó la soberbia. Para Fernández Duro, un acaecimiento de mar, un incidente de la navegación, que no se entiende bien careciendo de conocimientos profesionales. El

caso es, de todas suertes, que la *Pinta* retornó, y que Pinzón exculpó su conducta. Pero supongamos que fuese genialidad, ó propósito de algo semejante á recoger más colmada parte de gloria, honor y provecho—no por eso ha de rebajarse la figura del que tanto coadyuvó á la empresa. *A los autores del descubrimiento, por el valor del descubrimiento se les ha de medir y tasar.* Con esta regla de juicio basta para que queden en su lugar Colón y Pinzón igualmente. “Para obtener bronce—dice Fernández Duro—se requiere la aleación de dos metales: acaso fué indispensable la fusión de la perspicacia, de la obstinación, del saber del inventor de la idea, con la entereza, la práctica del marear, el dominio, el carácter de quien la llevara á término, diciendo siempre: “¡Adelante! ¡Adelante!”, Dios quiso que las condiciones del uno tuvieran complemento en las del otro. Dios sin duda los juntó. ¿Por qué no hemos de unirlos en la honra, cuando vamos á exaltarla?,”

No me compete recomendar la que ya llaman por ahí *leyenda pinzonista*. La sinceridad, no obstante, me obliga á decir que me hacen bastante fuerza las razones de su abogado. Hay que declarar que están expuestas con método, habilidad y argucia. No niego que para hablar de cosas de mar se necesiten conocimientos técnicos, que ilustren los estudios puramente históricos. El Sr. Fernández Duro reúne ambos órdenes de conocimientos, á más de un estilo, poco trabajado, sí, pero, en desquite, adecuado, claro, demostrativo, bien provisto de giros y voces, y, en la polémica, tan incisivo como mesurado y cortés.

\*  
\* \*

El jesuíta y ex-marino Padre Ricardo Cappa, nada respetuoso con la leyenda colombina en su libro *Colón y los españoles*, parte primera de los *Estudios críticos acerca de la dominación española en América*, es también severo con Pin-

zón, llamando *deserción* al desvío de la *Pinta*, que califica como verá el lector: "Este acto de insubordinación es altamente reprehensible. Sintiólo profundamente el Almirante, atribuyendo á Pinzón intenciones poco nobles., No obstante, algunas páginas después diríase que la heroica y olvidada figura del armador de Palos surge, envuelta en el sudario, reclamando lugar más honroso, y el Padre Cappa escribe lo siguiente: "Se han hecho suposiciones tan absurdas como gratuitas para mancillar la memoria de este bravo marino; tales, entre otras, la de haberse dado, en su comunicación á los Reyes, por el descubridor de las Indias; de no haber querido tomar parte en los regocijos de la llegada por temor de que Colón lo arrestase; de que desembarcó ocultamente, y de que no se atrevió á salir al público mientras Colón permanecía en la villa (de Palos), etc.,"

"Cuando el tiempo y el mal estado de su buque se lo permitieron, Martín Alonso se hizo á la mar y se dirigió á Palos,

puerto de su ordinaria residencia y partida. Los grandes trabajos sufridos en el viaje le abreviaron la vida; *menos de un mes pudo disfrutar la gloria que le cabía en el descubrimiento*, y es harto arriesgado asegurar que el despecho que le causó el hallar á Colón en Palos, y el temor del castigo por su conducta con el Almirante, fueron el tósigo que lo sacó del mundo.,"

Mucho se ha lamentado y endechado el triste destino de Colón, sujeto con grillos y muriendo en supuesta miseria y abandono; pero, ¡cuánto más amarga fué la suerte del marino de Palos, que, conseguido el fin del viaje en que arriesgara hacienda y vida, sólo pisó la tierra natal para tener el melancólico consuelo de que cubriese sus huesos!

En la obra del Padre Cappa se disipan algunas vaguedades de la *nebulosa*. Pruébese, por el mismo *Diario* que redactó el Almirante, que nunca se alzó en la tripulación motín alguno; [porque—dice—"la intranquilidad de ánimo, la inquietud

y zozobra, aun ostensiblemente manifestadas, no bastan para constituir un motin ó sedición formal; se requiere que á estas cosas ú otras análogas vaya unida la desobediencia á la autoridad gubernativa. En efecto, el *Diario* donde el Almirante se propuso apuntar puntualmente todo cuanto durante el viaje ocurriese; el *Diario*, que tan al por menor y con tanto enojo consigna otros acaecimientos, por ejemplo, la desviación de la *Pinta*, nada dice de los motines en que se intentaba arrojar á Colón al agua, lo cual no era para olvidado, ni grano de anís. Que hubiese quejas y murmuraciones en la marinería, es distinto, y aun lógico, porque evidentemente Colón, en su dirección perpetua al O., iba "á la buena de Dios," sin más rumbo que el azar, y errando en sus cálculos "por exceso y por defecto." Y los pilotos y los Pinzones eran de sentir, "sobre todo Martín Alonso, que Colón *debía volver*. Pero, ¿á dónde? ¿A España? No; á reconocer las islas que habfan dejado atrás, y por entre las cuales creían

haber pasado." Mal parada sale, en estas investigaciones y deducciones, la infabilidad náutica y la lucidez casi visionaria que algunos apologistas incondicionales atribuyen á Colón. El error del Almirante "era patente á todos hacía algunas singladuras."

Más disolvente, no para los verdaderos méritos de Colón, sino para la susodicha presciencia y virtudes de zahorí que se le atribuyen, es el capítulo titulado "Que Colón ni aun sospechó la existencia de América, ni aun después de haberla descubierto." En él, con escolástico rigor, el Jesuíta demuestra cómo la fantasía del genovés estaba impregnada de las narraciones viatorias de Marco Polo, y teñía con su pintoresco matiz hasta la misma realidad de los descubrimientos ya verificados. Demostración tan curiosa se completa con un estudio de los conocimientos de Colón, que siendo varios y copiosos, no bastan á que se le pueda aplicar aquel dictado de *clérigo grande*, que ostentó Dante, su compatriota, ni á que se le conside-

re una lumbrera en medio de la ciega obscuridad de la España del siglo xv, como afirman ciertos historiadores de la escuela romántica. Colón entendía que el mundo era, no esférico, sino peraltado, y que en el pezón de la pera estaba el Paraíso terrenal; y en su cuarto y último viaje al continente americano, aseguraba que las tierras de Veragua distaban del Ganges "como Tortosa de Fuenterrabía.", "¡Tan creído estaba—advierde el Padre—de hallarse en la parte oriental del continente asiático!., De aquí al rayo de luz en la frente, á la intuición profética, mediante la cual Colón adivina un mundo nuevo, va toda la distancia que separa á la mitología de la verdad humana. Cierto que el mismo Colón abre camino á la novela, escribiendo en su *Diario*: "A visión profética se asemeja esto., Por lo cual dice el Padre Cappa en el reverente elogio que á Colón dedica en la página 225: "Teníase por objeto de profecías, y aun llegó á persuadirse de que era un personaje bíblico.,

El Padre Cappa habla de Colón con la veneración debida. No obstante, los datos y documentos que reúne le autorizan para asegurar que "si ni aun ligero rastro de ingratitud se vislumbra para con el Almirante desde que descubrió las Indias hasta que espiró en Valladolid, España ha sido verdaderamente ingrata con los que acompañaron á Colón en su primer viaje. Los Pinzones, los pilotos y marineros, que voluntariamente se embarcaron, murieron pobres y olvidados., Rasgo bien característico de España, donde la condición de extranjero infundió siempre cierta consideración respetuosa, y fomentó un caballeresco espíritu hospitalario, que frailes, marineros, magnates y reyes desplegaron en obsequio de Colón con galana esplendidez.

A Bobadilla le vindica detenidamente el Padre Cappa, defendiendo su honradez y rectitud, y censurando tan sólo la inútil severidad de los hierros, que serán siempre tristes compañeros de su nombre, conmovedores de la sensiblería de nues-

tro siglo, "y el argumento que más enardezca á los trovadores del centenario". La miseria de los últimos años de Colón también la incluye el Jesuíta en el catálogo de las leyendas; y respecto á las intimidades de Colón con doña Beatriz Enriquez, de que fué fruto Don Hernando, opina que no las bendijo en secreto la Iglesia, sino sólo el travieso dioscecillo Eros, que á los más graves personajes de la historia añasca y perturba. Por donde se advierte que el Padre Cappa, sin perderle á Colón el justo respeto, y estando á cien leguas de declararse pinzonista, todavía se encuentra más apartado de la falsa escuela neocatólica de Roselly, que admite y preconiza la nefanda unión de la mentira con la piedad. El sano desenfado del Padre Cappa, su excelente método y su diligencia en reunir testimonios harán que el libro *Colón y los españoles* sea consultado con fruto y leído con deleite.

\*\*\*

Mi predilección hacia la Orden franciscana haría sospechosos los elogios que dedicase al libro *Colón y la Rabida*, por el P. Fr. José Coll: juzgo que, mirándolo en cierto modo como de casa, debo fijarme más bien en sus puntos flacos y controvertibles, y encerrar la alabanza en decoroso y breve término.

Ya en las primeras páginas del libro hay algo que se presta á controversia. Llama el P. Coll á Colón "hermano nuestro Terciario", y el señor Fernández Duro, en recientes páginas insertas en *La España Moderna*, dice que esta aseveración es gratuita. La sinceridad me obliga á declarar que positivamente no se funda en pruebas históricas; así y todo, la considero muy defendible en el terreno de las conjeturas racionales, de que el más escrupuloso historiador echa mano alguna vez. Prescindamos de los conocidos textos del Cura de los Palacios y el P. Las Casas; desdeñemos la tradición constante, que algo vale, si no la desautorizan los documentos ó el raciocinio; olvide-



mos que, en el siglo xv, difundida la Orden Seráfica por todos los países cristianos, y arraigadísima la Tercera Orden en Italia, su cuna; el ceñir el cordón de Terciario era tan usual y corriente, como hoy ponerse guantes para salir á la calle; no nos fijemos en que Colón, á despecho de sus flaquezas, tenía una fe religiosa exaltada, y empleemos tan sólo el siguiente argumento: si Colón no era Terciario al cruzar las puertas de la Rábida, apenas cabe en cabeza humana que no lo fuese poco tiempo después, y sobre todo, al zarpar las carabelas con rumbo á desconocidos mares. La decidida protección de los frailes y del Guardián, el interés de Colón en no perderla, antes bien en asegurarla por todos los medios, en especial los fáciles y lícitos; hasta la ley de cortesía, no permiten creer sino que el huésped de la Rábida se afiliaría á los Terciarios, si no estaba afiliado anteriormente. Si los marinos entienden de cosas de mar, los que hemos tratado á los Franciscanos sa-

bemos que cuando un seglar católico es su amigo, bien pronto, enlazadas las manos, pronunciando las palabras fraternales, le comunican el espíritu de San Francisco, admitiéndole en la Tercera Orden. ¿Es posible que los amigos de Colón, los frailes de la Rábida, le dejaran marchar hacia misteriosas regiones de donde acaso no regresaría, sin ceñirle al cuerpo, como sagrado amuleto, el cordón? Si no lo consigna la historia en documentos fehacientes, será porque no ha menester consignar un hecho tan sencillo y obvio.

Al hablar de la obra del Padre Coll me refiero, más que á la primera edición (1891), á la segunda, que acaba de ver la luz considerablemente aumentada. Encuétranse en ella detalladas noticias sobre la imagen de Nuestra Señora de los Milagros y el edificio del convento, con los trabajos de restauración y notables descubrimientos á que dieron lugar; sobre la historia y cronología de los Franciscanos en la Rábida; sobre las cercanías del convento, la isla de Saltés, la desolada torre del Are-